

militarmente y á pie á París. Acampados debajo de tiendas, en medio de la llanura de Sablóns, se debían instruir rápidamente en todos los ramos del arte de la guerra y repartirse en seguida por los ejércitos.

No menores esfuerzos se hacían para el restablecimiento de la armada. En 1789 se componía de cincuenta navíos y otras tantas fragatas; pero los trastornos de la revolución y las desgracias de Tolón la habían reducido á unos cincuenta buques, de los cuales sólo unos treinta podrían salir á la mar, pero ante todo faltaban tripulantes y oficiales. La marina exigía hombres experimentados, y todos los de esta clase eran incompatibles con la revolución. La reforma ejecutada en los estados mayores del ejército era, pues, todavía más inevitable en los de la armada y debía acarrear mayor desorganización. Los dos ministros, Mongé y d'Albarade, habían sucumbido á estas dificultades, y quedaron depuestos. También aquí resolvió el comité el empleo de medios extraordinarios; Juan Bon-Saint-André y Prieur del Marne fueron enviados á Brest con los poderes de costumbre conferidos á los comisionados de la Convención. La escuadra de Brest, después de un penoso crucero de cuatro meses por las costas del Oeste, para impedir las comunicaciones de los vendeanos con los ingleses, se había rebelado, á causa de sus continuos padecimientos. Apenas fondeó, el almirante Morard de Gales fué preso por los representantes, haciéndole responsable de los trastornos de la escuadra. Descompusieron las tripulaciones enteramente, y se reorganizaron por el método violento y ejecutivo de los jacobinos. Campesinos que jamás habían visto el agua fueron puestos á bordo de los navíos de la república para maniobrar al frente de los marineros veteranos ingleses. Simples oficiales fueron elevados á grados superiores; y el capitán de navío Villaret-Joyeuse fué promovido al mando de la escuadra. En el espacio de un mes quedó pronta para salir al mar una escuadra de treinta navíos; zarpó llena de entusiasmo, aclamada por el pueblo de Brest, no á la verdad para arrostrar las escuadras formidables de Inglaterra, España y Holanda, sino para custodiar un convoy de doscientas velas que traía de América gran cantidad de granos, y para batirse hasta lo último, si lo requería el salvamento del convoy.

Por este tiempo era Tolón teatro de operaciones igualmente enérgicas. Careñábanse los navíos salvados del incendio y se construían otros nuevos. Costeaban los gastos los propietarios tolonenses que habían contribuído á entregar su puerto á los enemigos. A falta de las grandes escuadras que estaban en carena, un sinnúmero de corsarios cruzaban el mar y hacían presas considerables. Una nación atrevida y valiente que carece de medios para hacer la guerra en grande, puede siempre acudir á combates aislados, pero continuos, y desplegar en ellos su inteligencia y su valor, haciendo por tierra expediciones de guerrilla y por mar el corso. Según informe de lord Stanhope, habíamos cogido desde 1793 á 1794 hasta cuatrocientos diez barcos, al paso que los ingleses no nos apresaron más que trescientos diez y seis; por lo cual el gobierno no renunciaba á restablecer nuestras fuerzas marítimas.

Tan prodigiosos trabajos debían dar resultados satisfactorios, y en 1794 íbamos á recoger los frutos de los esfuerzos hechos en 1793.

Abrióse por de pronto la campaña en los Pirineos y en los Alpes. Poco activa en los Pirineos occidentales, no debía serlo así en los orientales, en donde los españoles habían conquistado la línea del Tech y ocupaban todavía el famoso campamento de Boulou. Ricardos había muerto, y este general inteligente había sido reemplazado por uno de sus tenientes, el conde de la Unión, excelente soldado, pero jefe mediano. No habiendo recibido los nuevos refuerzos que estaba esperando, el de la Unión se ceñía á mantenerse en el Boulou. Los franceses estaban mandados por el valeroso Dugommier, vencedor de Tolón, desde donde se había trasladado á Perpiñán parte del material y de las tropas que sirvieron en aquella plaza, mientras los nuevos reclutas se organizaban á su espalda. Podía Dugommier colocar treinta y cinco mil hombres en línea y aprovecharse del mal estado en que actualmente se hallaban los españoles. Dagobert, siempre fogoso á pesar de sus muchos años, proponía un plan de invasión por la Cerdeña, con el cual, llevando á los franceses más allá de los Pirineos y por la espalda del ejército español, obligaban á éste á retroceder. Prefirióse intentar primero el ataque del campamento de Boulou, y Dagobert, que se hallaba con su división en la Cerdeña, tuvo que esperar el resultado de aquel ataque.

El campamento de Boulou, colocadó á la orilla del Tech y á espaldas del Pirineo, tenía su salida por la calzada de Bellaguardia, que es la carretera de Francia y España. Dugommier, en vez de atacar de frente las posiciones enemigas, que estaban muy bien guardadas, intentó penetrar por entre el Boulou y la calzada de Bellaguardia, para cortar de este modo el campamento español. Todo le salió maravillosamente, pues el de la Unión había llevado el grueso de sus fuerzas á Ceret, y dejado los cerros de San Cristóbal, que dominan el Boulou, mal custodiados. Dugommier pasó el Tech, lanzó parte de sus fuerzas hacia San Cristóbal, atacó con las restantes el frente de las posiciones españolas, y después de un combate porfiado se apoderó de las alturas. Desde aquel momento ya el campamento no era defendible y había que retirarse por la calzada de Bellaguardia; pero ocupóla Dugommier, y no dejó á los españoles más que un paso estrecho y trabajoso por la garganta del Porteil, y su retirada se trocó luego en derrota. Cargados con oportunidad y prontitud, huyeron en desorden, dejando mil quinientos prisioneros, ciento cuarenta piezas de artillería, ochocientas acémilas cargadas y efectos de guerra para veinte mil hombres. Esta victoria, ganada á mediados de floreal (principios de mayo), nos devolvió el Tech y nos llevó al otro lado de los Pirineos. Dugommier bloqueó en seguida á Colioure, Portvendres y Santelmo para recobrarlos de los españoles. Durante esta victoria tan considerable, Dagobert, asaltado por una calentura, estaba terminando su larga y gloriosa carrera; este noble anciano de setenta y seis años mereció el duelo y el aprecio del ejército.

Nada más brillante que nuestro preludio en los Pirineos orientales; en los occidentales nos apoderamos del valle del Baztán; y estos triunfos sobre los españoles, á quienes hasta entonces no habíamos vencido, excitaron en Francia una alegría general.

Por el lado de los Alpes faltábanos todavía establecer

nuestra línea de defensa sobre la gran cordillera. Hacia la Saboya habíamos arrollado el año anterior á los piemonteses en sus valles, pero nos quedaban aún que tomar los puntos del pequeño San Bernardo y del Monte-Cenis. Por la parte de Niza, el ejército italiano continuaba acampado á la vista de Saorgio, sin poder nunca arrollar el campamento de las Forcas. El general Dugommier había sido reemplazado por el anciano Dumerbión, valiente, pero casi siempre enfermo de la gota. Felizmente, se dejaba gobernar por el joven Bonaparte, quien, como se ha visto, había decidido la toma de Tolón, aconsejando el ataque del pequeño Gibraltar; este servicio valió á Bonaparte el grado de general de brigada y una grande consideración en el ejército. Después de haber observado las posiciones enemigas y reconocido la posibilidad de arrollar el campamento de las Forcas, se le ocurrió una idea tan feliz como la que devolvió Tolón á la república. Saorgio está colocado en el valle del Roya, y paralelo á él está el de Oneille, por el cual corre el Taggia. Ideó Bonaparte trasladar una división de quince mil hombres al valle de Oneille y hacerla subir hasta las fuentes del Tánaro, llevarla luego al monte Tanarello, que ciñe el Roya superior, é interceptar de este modo la calzada de Saorgio entre el campamento de las Forcas y el collado de Tenda; por este medio, aislado dicho campamento de los grandes Alpes, se rendía necesariamente. Una sola objeción había que hacer á este plan, y es que se hollaba el territorio de Génova; pero la república no debía tener escrúpulo sobre este punto, por cuanto el año anterior dos mil piemonteses habían atravesado el territorio genovés y habían ido á embarcarse en Oneille para Tolón; por otra parte, el atentado cometido por los ingleses con la fragata *Modesta* en el mismo puerto de Génova, era la más terminante violación del país neutral. Había también una gran ventaja en extender la derecha del ejército de Italia hasta el Oneille, pues que resguardaba una parte de la ribera de Génova, se arrojaba los corsarios del pequeño puerto de Oneille, donde solían guarecerse, y se afianzaba el comercio de Génova con el Mediodía de Francia; este comercio, que se hacía por cabotaje, padeció mucho quebranto por los corsarios y escuadras inglesas, é importaba resguardarlo, porque surtía de granos aquellas provincias. No se debía, pues, titubear en la adopción del plan de Bonaparte, y los representantes pidieron al comité de salvación pública la autorización necesaria, disponiéndose inmediatamente á la ejecución.

Un cuerpo de catorce mil hombres, dividido en cinco brigadas, pasó el Roya el 17 germinal (6 de abril); el general Massena se dirigió al monte Tanardo, y Bonaparte con tres brigadas marchó sobre Oneille, y arrojando á una división austriaca, verificó su entrada. Halló en Oneille doce cañones y limpió el puerto de tanto corsario como infestaba aquel territorio. Mientras Massena subía del Tanardo al Tanarello, Bonaparte siguió su movimiento y marchó de Oneille hasta Ormea, en el valle del Tánaro. Entró el 28 germinal (15 de abril), halló algunos fusiles, veinte cañones y almacenes llenos de paños para vestuario. Reunidas las brigadas francesas en el valle del Tánaro, se encaminaron al alto Roya, para ejecutar el movimiento prescrito sobre la izquierda de los piemonteses. Las posiciones de éstos fueron embestidas de frente por el general Dumerbión, mientras

que Massena trataba de envolverlos por sus flancos y espalda. Después de muchos encuentros bastante reñidos, abandonaron los piemonteses á Saorgio y se replegaron sobre el collado de Tenda, que dejaron luego también para refugiarse en Limone, más allá de la gran cordillera. En medio de estos acontecimientos en el valle del Roya, la izquierda del ejército de Italia barría los valles del Tinea y de la Vesubia; y en seguida el ejército de los grandes Alpes, picado de emulación, tomó á viva fuerza el San Bernardo y el Monte-Cenis. Así es que desde mediados de floreal (principios de



Villaret Joyeuse

mayo) éramos ya victoriosos en toda la línea de los Alpes, y ocupábamos la cordillera desde los primeros picos del Apenino hasta el Monte-Blanco. Nuestra derecha, apoyada en Ormea, se extendía casi hasta las puertas de Génova, cubría una parte de la costa del Piamonte, y protegía de este modo el comercio contra las piraterías de los corsarios. Habíamos hecho tres ó cuatro mil prisioneros, y tomado cincuenta ó sesenta piezas de artillería, muchos materiales de equipo y dos plazas fuertes. Nuestro arranque era, pues, tan dichoso en los Alpes como en los Pirineos, por cuanto en ambas partes nos proporcionaba una frontera y una porción de los recursos del enemigo.

En el Norte, es decir, en el gran teatro de la guerra, donde quinientos mil hombres iban á batirse desde los Vosgos hasta el mar, habíase abierto la campaña algo más tarde. Los franceses tenían siempre sus fuerzas principales hacia Lila, Guisa y Maubeuge, siendo Pichegrú su general, quien siendo jefe del ejército del Rhin el año anterior, se había atribuído el honor de levantar el bloqueo de Landau, que correspondía al joven Hoche, y se había captado la confianza de Saint-Just, obteniendo el mando del ejército del Norte, mientras Hoche

yacía encarcelado. Jourdan, apreciado como general prudente, no fué conceptuado bastante enérgico para seguir con el mando superior del Norte, y reemplazó á Hoche en el ejército del Mosela, como Michaud reemplazó á Pichegrú en el del Rhin. Carnot presidía siempre las operaciones militares, dirigiéndolas desde su bufete, y Saint-Just y Lebás habían sido enviados á Guisa para reanimar la energía del ejército.

La naturaleza del territorio exigía un plan sencillo de operaciones, el cual podía producir resultados prontos y de suma consideración; este plan consistía en dirigir la gran masa de las fuerzas francesas al Mosa, hacia Namur, y amenazar de este modo las comunicaciones de los austriacos. Allí estaba la clave del teatro de la guerra, y estará siempre mientras se haga en los Países Bajos contra los austriacos venidos del Rhin. Toda operación por Flandes era una imprudencia, porque si el ala que maniobraba en aquel país se consideraba bastante poderosa para hacer frente á los coligados, no servía más que para rechazarlos de frente, sin comprometer su retirada; y si no era de bastante consideración para obtener resultados decisivos, los coligados no tenían más que dejarla avanzar por el Oeste de Flandes, pudiendo luego detenerla y estrecharla hasta el mar. Pichegrú, instruido, despejado y resuelto, pero de un genio militar adocenado, equivocó la posición, y Carnot, preocupado por su plan del año anterior, insistió en atacar directamente el centro del enemigo y hostigarle por ambos flancos; por consiguiente, la masa principal tuvo que operar desde Guisa sobre el centro de los coligados, mientras dos divisiones considerables, la una sobre el Lys y la otra sobre el Sambre, debían llamar la atención del enemigo: tal fué el plan contrapuesto al ofensivo de Mack.

Continuaba Coburgo á la cabeza de los coligados, y el emperador de Alemania había venido personalmente á los Países Bajos para estimular á su ejército, y sobre todo para terminar con su presencia las muchas divisiones y querellas que á cada paso sobrevenían entre los generales aliados. Coburgo reunía una fuerza como de cien mil hombres en las llanuras de Cateau, para bloquear á Landrecies; y este era el primer paso por donde querían comenzar los coligados, mientras pudiesen lograr de los prusianos la marcha del Mosela al Sambre.

Principiaron las operaciones hacia fines de germinal (marzo), y la fuerza enemiga, después de haber rechazado las divisiones francesas diseminadas por su frente, se estableció alrededor de Landrecies; el duque de York se colocó de observación hacia Cambrai y Coburgo hacia Guisa. Con el movimiento que acababan de hacer los coligados, replegadas las divisiones francesas del centro, se encontraban separadas de las divisiones de Maubeuge, que formaban el ala derecha; y el 2 de floreal (21 de abril), se intentó un esfuerzo para volverse á enlazar con dichas divisiones, resultando un combate sangriento sobre el Helpe. Nuestras columnas, siempre muy separadas, viéronse arrolladas en todos los puntos y reducidas á la misma posición que antes.

Resolvióse entonces un nuevo ataque, más general, así en el centro como en los flancos. La división de Desjardins, que estaba hacia Maubeuge, debía hacer un movimiento para reunirse á la de Charbonnier, que llegaba de las Ardenas. En el centro debían operar siete

columnas simultánea y concéntrica, sobre toda la masa enemiga, agolpada alrededor de Landrecies. En fin, á la izquierda, Souham y Moreau, saliendo de Lila con dos divisiones, que componían en todo cincuenta mil hombres, tenían orden de internarse por Flandes y de apoderarse á la vista de Clerfayt, de Menin y de Courtray.

La izquierda del ejército francés operó sin obstáculos, por cuanto el príncipe de Kaunitz, con la división que tenía sobre el Sambre, no podía impedir la reunión de Charbonnier y Desjardins. Conviniéronse las columnas del centro el 7 floreal (26 de abril), y marcharon de siete puntos diferentes contra el ejército austriaco. Este sistema de ataques simultáneos, que tan mal efecto dió el año anterior, tampoco salió bien en el presente. Demasiado separadas unas de otras, estas columnas no pudieron sostenerse, ni alcanzar sobre punto alguno ventaja decisiva. Una de ellas, la del general Chappuis, fué completamente destrozada, pues al salir de Cambrai se encontró con el duque de York, quien, como hemos dicho, resguardaba á Landrecies por aquella parte. Chappuis distrajo sus fuerzas en varios puntos, y se encontró delante de las posiciones atrincheradas de Trois-Villes con fuerzas insuficientes. Acibillado por el fuego de los ingleses, flanqueado por la caballería, quedó derrotado y su división dispersa volvió en pelotones á Cambrai. Estos descalabros provenían más bien de la mala dirección de las operaciones que de la tropa, pues los soldados franceses, aunque bisonos, y asombrados á veces por un fuego nuevo para ellos, se dejaban sin embargo llevar fácilmente otra vez al combate, y á veces desplegaban un ardor y entusiasmo extraordinarios.

Mientras se ejecutaba esta tentativa infructuosa contra el centro, las operaciones que se hacían en Flandes contra Clerfayt obtenían muy buen resultado. Souham y Moreau, saliendo de Lila, marcharon á Menin y Courtray en la misma fecha de 7 floreal (26 de abril). Sabido es que entrambas plazas están situadas en la misma línea sobre el Lys; Moreau cercó á la primera y Souham se apoderó de la segunda. Clerfayt, equivocando la marcha de los franceses, los buscó donde no se hallaban: supo luego el asalto de Menin y la toma de Courtray, y quiso ver si los podía hacer retroceder, amenazando cortar las comunicaciones con Lila. El 9 floreal (28 de abril) se dirigió en efecto á Mouscrón con diez y ocho mil hombres, y vino imprudentemente á exponerse á los tiros de cincuenta mil franceses, que hubieran podido destruirlo replegándose. Moreau y Souham, acudiendo luego con parte de sus tropas hacia sus comunicaciones amenazadas, marcharon sobre Mouscrón, y resolvieron dar batalla á Clerfayt. Habíase éste atrincherado en una posición sólo accesible por cinco desfiladeros estrechos, defendidos por una artillería formidable. Dispúsose el ataque para el 10 floreal (29 de abril), y nuestros bisonos soldados, que la mayor parte iban al fuego por primera vez, no resistieron al pronto; pero los generales y oficiales arrostraron todos los peligros para rehacerlos, y una vez conseguido, se apoderaron de todas las posiciones. Clerfayt perdió mil doscientos prisioneros y además treinta y tres cañones, cuatro banderas y quinientos fusiles. Esta era nuestra primera victoria en el Norte, y realzó singularmente el valor del ejército. En seguida se tomó á Menin, y una división

de emigrados que allí estaba se salvó resueltamente, abriéndose paso espada en mano.

La victoria de la izquierda y los reveses del centro decidieron á Pichegrú y Carnot á abandonar del todo el centro y obrar tan sólo en las alas. Pichegrú envió al general Bonnaud con veinte mil hombres á Sainghién, junto á Lila, para asegurar las comunicaciones de Moreau y Souham; dejó solamente en Guisa veinte mil hombres á las órdenes del general Ferrand y destacó lo restante hacia Maubeuge, para incorporarlo con las divisiones de Charbonnier y Desjardins. Reunidas estas

fayt, se contentó con destacar al duque de York hacia Lamain, entre Tournay y Lila.

Clerfayt se había dirigido á la Flandes occidental, entre la izquierda avanzada de los franceses y el mar; de esta manera se desviaba más que antes del gran ejército y del socorro que traía el duque de York. Los franceses, escalonados desde Lila, Menin y Courtray, formaban una columna avanzada en Flandes; Clerfayt, trasladado á Thielt, se hallaba entre el mar y dicha columna, y el duque de York, apostado en Lamain, delante de Tournay, estaba entre la columna y las gran-



José II

fuerzas, ascendía á cincuenta y seis mil hombres el ala derecha, destinada á maniobrar sobre el Sambre. Juzgando Carnot con más tino que Pichegrú de la situación general, dió una orden que decidió el éxito de la campaña. Conociendo que los puntos donde debía cargarse sobre los aliados eran el Sambre y el Mosa, pues derrotados en esta línea quedaban separados de su base, mandó á Jourdan que tomase quince mil hombres del ejército del Rhin, dejase en la vertiente occidental de los Vosgos la tropa indispensable para cubrir aquella frontera, se desviase luego del Mosela con cuarenta y cinco mil hombres, y acudiese sobre el Sambre á marchas forzadas. El ejército de Jourdan, unido al de Maubeuge, debía componer un total de noventa á cien mil hombres y ocasionar la derrota de los coligados en el punto decisivo. Esta orden, la más singular de todas las de la campaña, y á la cual se deben atribuir todos los resultados, salió el 11 floreal (30 de abril) de las oficinas del comité de salvación pública.

Coburgo en tanto había tomado á Landrecies, y no conceptuando de gran importancia la derrota de Cler-

des fuerzas de los coligados. Quiso Clerfayt hacer una tentativa sobre Courtray, y fué á atacarla el 21 floreal (10 de mayo). Souham se hallaba en aquel momento á la espalda de Courtray; dió al punto sus órdenes, volvió á la plaza en auxilio de Vandamme, y mientras disponía una salida, destacó á Macdonald y á Malbranc sobre Menin, para pasar el Lys y venir á cercar á Clerfayt. Empeñóse la acción el 22 floreal (11 de mayo); Clerfayt había tomado acertadas disposiciones sobre la calzada de Brujas y en todos los arrabales; pero nuestros jóvenes reclutas afrontaron atrevidamente el fuego de las casas y de las baterías, y después de un violento choque, obligaron á Clerfayt á retirarse. Cuatro mil hombres de entrambas partes cubrieron el campo de batalla; y si en vez de cercar al enemigo por la parte de Menin se hubiese ejecutado por el extremo opuesto, se le hubiera podido cortar la retirada á Flandes.

Era la segunda vez que nuestra izquierda victoriosa derrotaba á Clerfayt, pero no era tan afortunada la derecha en el Sambre. Mandada por varios generales, que deliberaban en consejo de guerra con los representan-